

de D... con aquella sonrisa, rara mezcla de malicia y de sensibilidad que le era habitual.

—Usted solo podía ser el que se vanagloriase de esto—dijo el diplomático mirando rencorosamente al abogado, que había descubierto lo que él creía ignorado.

—¡Ea, señores, á tomar el café!—gritó el conde al ver el mal aspecto que tomaba la discusión.

Levantóse, se asió del brazo de Fernando y, siguiéndoles todos, pasaron á otras habitaciones.

III

La sala de fumar.

La estancia brillantemente iluminada en que se hallaba preparado el café para los convidados era una verdadera maravilla de lujo refinado y de voluptuosa comodidad.

Las paredes estaban vestidas de tela de seda carmesí con ligeros dibujos de un carmesí más subido, armonizando perfectamente con la alfombra, que era de los mismos colores y de un grueso tejido.

Sobre la tapicería había una preciosa estantería de palosanto, cerrada con cristales, y colocados simétricamente en las diversas separaciones de que constaba se veían, en grandes bandejas de plata mate, todas las clases de tabaco co-

nocidas, desde el perfumado habano hasta los gruesos tronchos de hoja negra.

Las bandejas tenían en el centro las armas del conde en plata abrigantada.

El espacio que quedaba desde la estantería hasta el techo de la habitación estaba lleno de armas de todas clases, de todas formas y de todas naciones.

En el centro y en una mesa redonda y cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban bordadas con seda las armas del conde, se veía un candelabro de filigrana de oro cargado de bujías, y en algunas bandejas, de oro también y de diminuto tamaño, había mechas de papel perfumado.

Una sola ventana había en el aposento, y el lienzo de pared en que se abría estaba ocupado por una inmensa cantidad de pipas de diferentes clases y tamaños.

En la gran mesa del centro estaba dispuesto el servicio del café, de plata mate; el aromado Moka hervía en magníficas cafeteras de plata, en cuyo centro serpenteaban las azuladas llamas del espíritu de vino.

Cuatro lacayitos, con libreas galoneadas y rizados cabellos, estaban en pie esperando á los convidados para servir el café.

No bien éstos ocuparon sus asientos, empezó á humear el líquido en las tazas, y prepararon las

pipas para los que las pidieron con preferencia á los habanos.

En seguida, uno de aquellos cuatro diminutos servidores encendió el candelabro con una agilidad extraordinaria, y se retiró discretamente con sus compañeros hacia la ventana.

—Es usted, en verdad, bien dichoso, conde;—dijo el jovial coronel dirigiéndose al dueño de la casa;—tiene usted una casa *comfortable*, una bella figura, y puede hacer la vida que corresponde á su clase, lo cual nunca me ha permitido mi carrera militar.

—Pues todavía no conocen ustedes, señores, hasta qué extremo es feliz el conde—dijo uno de los pintores;—aun no saben que su esposa es un ángel de hermosura y de virtud, y que es padre de dos hermosísimas criaturas.

—No es usted sincero ahora, querido—repuso el conde con aquella gracia vivaz que le era tan natural;—usted es enemigo encarnizado del matrimonio.

—¿Y por qué lo es, amigo mío?—exclamó el coronel.—Por lo que yo lo soy también;—porque sólo he visto, exceptuando el de usted, matrimonios infelices, casi siempre por la mala educación ó por la falta de tacto y de sensibilidad de las mujeres; porque conozco muchos pobres maridos que en vez de hallar en su casa un puerto de paz hallan en ella el teatro de una espantosa

guerra; porque las mujeres, en mi concepto, son el azote, el verdugo del hombre.

—¡Es posible, caballero, que hable usted así!—exclamó con indignación el noble y entusiasta príncipe de Cellemare.

—¿Y por qué no, caballero? Aquí no hay ninguna mujer que nos oiga, y puedo decir lo que siento sin faltar á las leyes de la galantería.

—Mas el que de ese modo habla de las mujeres se expone á que crea quien le escucha que jamás ha sabido hacerse amar de ellas.

—La opinión de usted, príncipe, en esta ocasión, es la de un hombre digno y sensato—dijo el conde;—los que como usted han visto hoy por primera vez á Eduardo, creerán que es muy poco afortunado con las mujeres, y que sus ideas son el resultado de un mezquino espíritu de venganza; y, sin embargo, yo, que le conozco desde hace algún tiempo, sé, aun sin haberle tratado con grande intimidad, que su carácter es tan noble como caballeroso é incapaz de denigrar á la parte más bella del género humano, y que esta hermosa mitad de nosotros mismos le ha tratado siempre con sobrada indulgencia.

—Tengo un placer en creer á usted, conde—dijo Cellemare, y su opinión con respecto á este caballero me hace mucho bien;—lo confieso, señores, prosiguió el príncipe, alzando la frente con dulce altivez: á pesar de mis veintiséis años,

conservo todas las ilusiones de mis diez y siete abriles.

—¡Feliz usted!—murmuró, suspirando, el coronel.

—¿Por qué dice usted eso?—exclamó el conde con calor.—¿A qué viene el manifestarse cruel y positivista cuando no lo es? ¿No le ha sonreído á usted siempre la fortuna? La sensibilidad de usted está intacta, y, por decirlo así, conserva aún toda su frescura, puesto que ha sufrido muy poco; quizá jamás ha amado usted, y lo que juzga hastío del corazón es que el corazón no ha despertado todavía.

—¡Mucho tarda, pues, en hacerlo, porque tengo ya veintiocho años!

—¿Y quién le ha dicho—continuó el conde—que el corazón tiene una época fija para despertar? ¡Hombres conozco cuyo corazón está ya helado por la nieve de los años y que todavía no ha llegado á sentir! ¡Muchos hay que se hacen la ilusión de amar, porque lo desean así, y no aman aunque se obstinan en creerlo... y no falta quien baja al sepulcro sin haber conocido el primer amor, aunque muera agobiado de vejez, y por más que haya consumido tres partes de su vida en aventuras licenciosas y en frívolos galanteos!

—Pero entonces, señores, ¿cómo puede conocerse el amor? ¿Cómo se distingue de la apariencia la realidad de su existencia?

—¿Qué ha sentido usted cuando ha creído estar enamorado?

—Un extremo desasosiego y un constante mal-estar.

—¿Siempre?

—Siempre, sí.

—¡Nunca ha amado usted, pues!—exclamó el príncipe con su entusiasmo habitual.

—¿Lo cree usted así?

—¡Estoy seguro de ello: el verdadero amor no hace sufrir! Derrama, por el contrario, una dulce y completa tranquilidad en el alma y hace ver la existencia de un modo que no se había visto antes de sentirlo: ¡el mundo se ensancha ante nuestros ojos y toda la naturaleza se embelece!

—Bien se conoce, caballero, que es usted de un país donde todo es poesía—dijo el joven abogado, que desde la cuestión matrimonial había guardado un obstinado silencio.

—Yo llevo la poesía en el alma, amigo mío—repuso Cellemare; y luego, clavando la profunda mirada de sus brillantes y hermosos ojos en Fernando, añadió:

—Y usted también; usted, por más que intente negarlo, lleva en su alma la bellísima y encantadora flor que llaman poesía, y cuyo aroma embalsama la senda de la vida.

—Está usted equivocado, príncipe—dijo rien-

do el conde;—el pobre Fernando halla el mundo muy amargo.

A pesar de la irónica sonrisa con que el conde acompañó estas palabras, el príncipe de Cellenmare miró á Fernando con marcado interés y con cierta tristeza, que difundió por todo su semblante como una nube de profundo y tiernísimo sentimiento.

—¡Desgraciado!—murmuró en voz baja:—¿será posible que á su edad halle ya amarga la vida?

—Yo proclamo á usted, príncipe, por el hombre más feliz de la tierra—gritó el coronel, usando ya aquella familiaridad que es inevitable entre dos personas de relevantes cualidades desde la primera vez que se ven;—sí, añadió, lo creo á usted aun más feliz que el conde, porque tiene todas las ilusiones de un niño y toda la libertad de un hombre, en tanto que él está asediado por los cuidados de la familia.

—¡Feliz el que tiene esos dulces cuidados!—dijo el príncipe.—¡Felices los que tienen esposa é hijos! ¡Yo, desde que perdí á mi madre, estoy siempre triste y me veo solo en la tierra!

—¿Por qué no se casa usted?—preguntó uno de los pintores.—Su carácter me parece formado únicamente para las dulces afecciones de la familia.

—Tiene usted razón, caballero—contestó el

príncipe;—pero ha sólo un año que perdí á mi madre y he estado diez meses encerrado en mi palacio de Verona, ocupado únicamente en llorar tan irreparable pérdida; dos hace que viajo anhelando distraerme de un dolor que había llegado á alterar profundamente mi salud; durante la vida de aquella santa mujer su cuidado me rodeaba de tanta ternura, que mi corazón estaba satisfecho y nada más pedía á Dios sino que me la conservase.

—Mas usted debe conocer el amor cuando tan divinamente le pinta—dijo el diplomático.

—No he hecho más que adivinarle—repuso el príncipe—porque las almas buenas le presienten aunque estén rodeadas de otros afectos más tranquilos; pero desde que me falta la ternura de mi madre lo ansío.

—Luego ¿será posible que elija usted esposa en nuestro suelo?—preguntó el conde sonriendo.

—¿Y por qué no?—contestó el príncipe.—Las verdaderas mujeres sólo se hallan en esta hermosa España; en Francia, en Inglaterra, en Alemania son más instruidas, pero la educación que reciben tiene algo de masculino; en España, las mujeres son todas corazón, y su única ciencia se cifra en saber ser buenas esposas y buenas madres.

—¿En qué consiste, pues—repuso el coronel—que yo sólo he encontrado esposas infieles é hijas

desobedientes á sus padres, y esto por el menor de mis caprichos? Yo, príncipe, únicamente hallo amor en la mujer, pero nunca he encontrado en ella ni la prudente reserva, que es el aliciente y el sostén del amor, ni la suave modestia que le mantiene dulce y puro como el alabastro á los perfumes; he hallado en ellas mucha pasión, mucho abandono, mucha confianza en mi amor; pero tales torrentes de ternura embriagan el corazón durante algún tiempo, y luego acaban por hastiarle: así yo me he hastiado de todas las mujeres en muy breve tiempo, y ni una sola he visto á la cual hubiera querido hacer dueña de mi mano y de mi corazón y deseado confiarle mi honra.

—¿Qué mujeres ha tratado usted, pues?—exclamó el conde, cuyas mejillas se encendieron con una generosa indignación.

—Yo, querido? De todas clases: desde la pobre bordadora que va á los almacenes, acompañada de su madre, á devolver la labor que ha concluído durante el día, hasta la encopetada duquesa que sale en su carruaje, tendida como en su lecho y abrigada con perfumadas pieles de Astracán; y cuente usted que, entre esos dos extremos, han figurado mujeres encantadoras de la clase media, de esa clase que tiene todos los delicados instintos de la elevada y todas las privaciones de la pobre, y cuyas mujeres suelen estar

dotadas, por lo mismo, de tanta resignación como nobleza y gracias.

—Yo sostengo, pues—gritó el conde levantándose iracundo de la mesa—yo sostengo que todas esas mujeres debían tener algún motivo excepcional para perder con usted esa dignidad innata en la mujer, y, sobre todo, en la mujer española. Yo sostengo que usted, con tanta doblez como poca nobleza, ha buscado desgraciadas cuya educación había sido muy fatal, mujeres maltratadas por sus padres ó por sus esposos ó jóvenes hambrientas y miserables.

—¡Conde!...—exclamó el coronel, levantándose también colérico y con los ojos brillantes.

—En todo caso, es una desgracia para Eduardo el no haber hallado una sola mujer digna—dijo el diplomático, anhelando calmar aquella cuestión que se hacía más seria que la de los matrimonios.

—Si no estuviese usted en mi casa, coronel—continuó el conde, en cuyo pecho rugía una sorda cólera—si no se hallase usted aquí y si no nos uniese hace siete años una íntima y cordial amistad, diría á usted que es indigno de un hombre que lleva espada el hablar así de las mujeres.

—Delo usted por dicho—repuso el coronel.

—No tal—exclamó el conde, sentándose otra vez y poniendo la mano sobre su pecho, como si quisiera sofocar la ira que hervía en él;—no lo

he dicho: lo que sí digo es que las mujeres á quienes ha hecho creer que las amaba usted le han amado por su parte con demasiada pasión, y que es lástima que la resistencia de alguna de ellas no le haya enseñado á respetar al sexo en general.

—Y yo sostengo que en las mujeres no hay más que dos extremos: una feroz virtud, arisca, áspera y grosera, para conservar su posición social si, siendo casada, tiene un marido muy rico, ó si es soltera, para encontrar un esposo más rico que su padre, y un cínico abandono, una ternura empalagosa y monótona en su extremosa igualdad, un olvido completo de toda dignidad y de todos los deberes.

—¿Quién de ustedes, señores, es de la opinión del coronel?—preguntó el príncipe de Cellemare dirigiéndose á los convidados.—¿Quién duda de la virtud de la mujer, de su modestia y de la nobleza de su corazón?

—Yo—dijo el marqués de la Oliva.

—Y yo más que nadie—añadió Fernando.

—Sois tres fiscales contra seis defensores—dijo el príncipe, con una sonrisa dulce y melancólica á la par, y es causa ganada;—no obstante, y para llevarme yo solo la gloria del vencimiento, quiero hablar algo de mi madre, lo cual creo que bastará para convencer á ustedes.

—Por mi parte deseo mucho convencerme de

que la mujer es buena—dijo el joven abogado con aquella gravedad severa que le era tan habitual, y que formaba tan singular contraste con la delicadeza de sus facciones.

—Yo estoy cierto de que todos los razonamientos de ustedes no alcanzan á variar la opinión que tengo acerca de la mujer—observó el coronel.

—Eso será que la opinión de usted le es provechosa y quiere conservarla—dijo el conde.

—No lo niego—repuso aquél;—ella me exime de muchas atenciones con el sexo bello, y, sobre todo, me libra de hacer ningún sacrificio.

—Lo mismo digo—añadió el marqués.

—¿Tiene usted madre?—preguntó el príncipe dirigiéndose á éste.

—Murió al darme á luz.

—Entonces disculpo á usted, pobre joven, porque, lo mismo que el coronel, han carecido del afecto más puro y santo de la vida, de ese afecto que forma el corazón y le hace sensible.

Yo sí la he tenido hasta hace un año—continuó el príncipe;—perdí á mi padre á los seis años de mi edad, y durante los otros veinte que cuento de existencia mi madre ha sido la que ha rodeado mi vida de la solicitud más tierna.

Aquella santa madre empezó á hacerme respetar la virtud y la debilidad de la mujer, hablándome continuamente de la Virgen, ese dulce

amor de los italianos; bien pronto me apasioné yo de una hermosa Madonna, colocada en una galería de mi casa, y á sus pies pasaba orando con mi madre la última hora del día: luego colocaba yo, en un jarrón de alabastro que había á sus pies, un fresco ramo de rosas, encendía mi madre una lámpara de plata y nos íbamos, ella llorosa y enternecida y yo pensativo y silencioso.

Era que todas las tardes oía á mi madre orar á los pies de la Madonna por el eterno descanso del alma de su esposo recomendándole á aquella imagen, llena de una belleza celestial, y mi tierna inteligencia empezaba á comprender cuánto de dulce, benéfico y amoroso hay en ese débil sér que llamamos mujer.

Mi madre no quiso colocar entre ella y yo á una aya que la descansase en las tareas de mi educación; dotada de una instrucción variada y profunda, ella me enseñó á leer, á escribir, á dibujar, la música, la historia, la geografía, el español, el francés y el inglés; para las demás materias que se me enseñaban iban á casa los maestros y daba las lecciones á la vista y bajo la inspección de mi madre.

Ella me enseñó todas las fórmulas de la oración que usa la Iglesia católica y muchas otras que su corazón sensible y poético sabía inventar.

Ella era la compañera de todos mis juegos y

diversiones; sólo tenía treinta y seis años cuando yo contaba veinte, y era para mí la madre más tierna y previsora y la más indulgente y cariñosa hermana.

Cuando alguna leve dolencia me obligaba á acostarme temprano, mi madre colocaba delante de mi lecho su veladorcito de sándalo y nácar, ponía sobre él una lámpara de alabastro, y tomando un libro leía con voz dulce y reposada para distraerme.

No puedo expresar á ustedes el encanto que adquirirían en su boca los versos de nuestros mejores poetas. El Dante y el Ariosto, leídos por mi madre, me han hecho pasar las horas más dulces y bellas que puede soñar la humana fantasía.

A las doce dejaba el libro, cruzaba las manos y me decía:

—Recemos, hijo mío, por el eterno descanso de tu padre, por los pobres náufragos, por los huérfanos y por todos los que sufren.

Nada he visto después más hermoso que cuadro que ofrecía la princesa mi madre, de rodillas, vestida con su larga bata de muselina blanca y rezando lenta y suavemente con su voz dulce y sonora como el canto de una alondra; caían sus largos cabellos negros reunidos en dos hermosas trenzas por su espalda y su semblante radiaba una luz celestial.

Me abrazaba y se retiraba á su habitación.

De este modo pasé yo hasta los veinte años, sin deseos culpables, sin ambición y sin pasiones; sin embargo, yo vivía en el mundo de la inteligencia, pensaba, sentía, era feliz y derramaba en torno mío innumerables beneficios.

Mi primer amor á esta edad le obtuvo una de esas mujeres que son el oprobio de su sexo, y que, si no encadenó mi corazón, dominó al menos mis sentidos de un modo absoluto: aquella pasión grosera y material tuvo, no obstante, gran influencia en mi método de vida; jugué mucho y perdí enormemente; los banquetes, las orgías, las fiestas ocupaban todo mi tiempo, y durante tres años bajé rápidamente hasta lo último de esa pendiente espantosa, sima de tantos jóvenes, abismo de tantas esperanzas.

Mi madre no empleó conmigo ninguno de los medios que regularmente se usan en casos análogos; no me dirigió amargas reconvenciones ni reprensiones duras; calló, pero se hizo más piadosa y más retirada; cuando yo volvía al amanecer de mis escandalosas cenas y de mis prolongadas orgías, la hallaba en el salón bordando ó leyendo á la luz de su lámpara.

—¿Por qué no te has acostado, madre mía?—le decía abrazándola.

—¿Podría yo dormirme sin besar tu frente, Honorio?—me contestaba.

—¡Ah, madre mía, cuán culpable soy en abandonar tu lado!—le decía yo dominado por el remordimiento.

—Tú te encuentras mejor, sin duda, entre tus amigos que conmigo—contestaba abrazándome de nuevo; y sin darme tiempo para responderle, añadía:

—Vete á descansar, hijo mío; la felicidad de tu madre depende de que la ames siempre, mas su ternura no te faltará jamás aunque le niegues tu amor.

—Yo me separaba de ella acusándome de ingrato y jurando separarme de la fatal mujer que así me hacía faltar á todos mis deberes; mas al día siguiente volvía á encontrar á mis compañeros de desorden y todas mis buenas resoluciones venían á tierra.

De súbito cayó mi madre enferma; la melancolía de su soledad, sus largas noches de vela esperándome y el pesar de ver mi conducta minaron su salud, ya muy delicada, y se apoderó de ella una fiebre lenta y peligrosa.

Yo me situé á la cabecera de su lecho, que no abandoné hasta que el riesgo cesó por completo; mas al volver á buscar á la mujer a quien amaba hallé que me había sido infiel por un hombre que me era muy inferior.

Desde entonces volví á consagrarme á la princesa, pero en mi corazón no quedó amargura,

33869

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.L.

sino una profunda tristeza; no había conocido el verdadero amor, porque aquella mujer me dominaba sin que yo la estimase y sin que ella me profesase tampoco el afecto más leve.

Así, pues, comprendí que había en el mundo mujeres muy despreciables, pero tenía muy arraigada en mi alma la conciencia de la virtud de mi madre, de su nobleza, de su dulzura y de su valor, para dejar de venerar en ella á todas las mujeres que se le pareciesen.

Tres años hacía que había vuelto á su amor cuando la perdí; su muerte no fué violenta; durmióse en su lecho, joven aún, hermosa, sublime y dulce como siempre; sus grandes ojos negros quedaron entreabiertos y velados entre las rizadas franjas de sus pestañas; cruzaron sus manos de alabastro sobre su seno y le formaron un almohadón con sus bellísimas trenzas de ébano.

Luego la acostaron en el panteón de su familia y en el mismo sepulcro de mármol blanco en que descansaba mi padre, quedando encerrados con ella todos los restos de la alegría de mi juventud.

IV

Clotilde.

Calló el príncipe, y ninguno de los bulliciosos y despreocupados jóvenes que le rodeaban se atrevió á añadir una sola palabra á las últimas de su historia; tal poder tiene el sentimiento, que en algunos instantes se transmite á las almas más frías.

Las fisonomías de Fernando de Silva y del marqués de la Oliva permanecieron, durante toda la narración del príncipe, impasibles ó burlonas; mas al llegar á la última parte de ella la de Fernando se transformó un tanto, perdiendo algo de su tensión los músculos de su semblante.

Es verdad que aquella historia había sido contada con tanto sentimiento y elocuencia que no hubiera podido dejar de conmover al corazón más duro; por eso los rostros de todos los convidados expresaban una conmoción profunda ó un tierno interés.

Uno solo había conservado su sonrisa amable y la alegre expresión de su semblante, sin que su corazón se alterase en lo más mínimo; éste era el marqués de la Oliva, cuya alma, helada y egoísta, no podía conmoverse por nada, puesto

que lejos de recibir sensaciones se embotaban en ella como en una plancha de mármol.

—A la verdad, caballero, la pintura que ha hecho usted de su santa y hermosa madre me ha conmovido profundamente—dijo el coronel rompiendo el primero el silencio y presentando su mano al príncipe, que la estrechó cordialmente entre las suyas.—Si yo hallase una mujer parecida á la princesa de Cellemare aseguro á usted que me casaría al instante.

—Yo también me casaré el día en que encuentre una mujer parecida á mi buena madre—dijo el príncipe, llevando á sus ojos su pañuelo de azulada batista para enjugar una lágrima que no se había ruborizado de dejar asomar á sus hermosas pupilas.—Sí—continuó con fuego—sea noble ó plebeya, rica ó pobre, yo haré mi esposa á la mujer que posea las adorables cualidades de aquella santa. ¡Oh! ¡Si supieran ustedes con cuánto orgullo se recuerda siempre á una madre como la mía, y cuánto se sufre con la memoria de los dolores que se le han hecho padecer! El que ha debido el sér á una de esas mujeres ángeles honra y ama á las mujeres en general; mas para partir su destino, no puede contentarse con mediantías: ama un ideal, y si no encuentra su realización en la tierra vive solitario y muere joven y devorado de tristeza.

—Al oír á usted, príncipe, me parece escu-

char al desventurado Tasso;—dijo el diplomático contemplando con admiración á aquel hombre tan fuerte, de una belleza tan enérgica y apasionada y que se expresaba con tanto candor y sensibilidad.

—Yo me hago la ilusión de estar hablando con el gran poeta desde que tuve la dicha de ver aquí al príncipe—añadió el hermoso pintor;—jamás he encontrado un hombre más parecido á los retratos que nos han quedado del Cisne de Sorrento.

—¿De veras?—exclamaron con admiración algunos de los convidados.

—Nada es más cierto—contestó el pintor; y luego, dirigiéndose al príncipe, continuó:

—Si quiere usted honrar mi taller, caballero, antes de dejar á Madrid, le enseñaré un retrato del Tasso y se reconocerá usted en él.

—Muchas veces me lo han dicho—repuso Honorio con dulce gravedad;—mi madre, sobre todo, me repetía, abrazándome, que yo era el verdadero retrato del infeliz amante de Eleonora, y atribuía tan extraordinaria semejanza á lo mucho que había leído sus obras mientras me llevaba en su seno.

Honorio dijo estas palabras con la mayor sencillez y sin parecer envanecerse en lo más mínimo para su rara y exquisita belleza; luego, volviéndose al pintor, añadió alargándole la mano:

—No puedo expresar á usted, caballero, cuánto estimo la amable invitación que me hace de visitar su taller, lo cual verificaré con el mayor placer dentro de dos días.

Inclinóse el pintor, estrechando con una especie de ternura respetuosa la mano del príncipe, é iba á responder, cuando un criado anunció, abriendo la puerta de par en par:

—La señora condesa.

Los convidados se levantaron presurosos, volviéndose con curiosidad hacia la puerta, en cuyo umbral se había detenido la condesa un tanto confusa.

El conde se levantó y fué á darla el brazo, entrando con ella en la sala de fumar y cediéndola su sillón con la misma galantería que pudiera emplear el más rendido amante.

Entre tanto todos los convidados miraban á la condesa con la más viva admiración, mientras ella, ruborizada de verse allí, no se atrevía á levantar los ojos.

Me aprovecharé de su confusión para hacer de ella una ligera pintura.

Clotilde de Guzmán llegaba apenas á los veinte años y conservaba todo el tímido decoro de la primera juventud, á pesar de ser una de las damas más elegantes de Madrid.

Su estatura, algo más que mediana, era admirablemente proporcionada, flexible y llena de

gracia; su tez trigueña y un tanto pálida, estaba animada por dos hermosos y rasgados ojos oscuros, guarnecidos de largas pestañas negras y coronados por arqueadas cejas del mismo color.

Terminaba el gracioso óvalo de su rostro una hermosa frente, pura y tranquila como la de una niña, y la hacían más agradable una boca fresca y diminuta y una lindísima nariz.

Su traje y adorno realizaban su graciosa y dulce belleza de un modo admirable, indicando al mismo tiempo que iba á salir.

Llevaba un vestido de terciopelo color de cereza y un prendido de gasa blanca bordada de plata, que armonizaba divinamente con las espesas trenzas de sus cabellos castaños y con el leve sonrosado de sus mejillas.

Su traje, escotado lo bastante para que tuviese una forma elegantísima, pero no tanto que hiciese alarde de una inmodestia que degrada á la mujer, dejaba ver su hechicera garganta y sus hombros, blancos como el marfil bruñido.

Un lindo aderezo de rubíes y diamantes, guantes blancos que ocultaban la mitad de sus brazos encantadores y un ramillete de camelias y violetas que tenía en la mano completaban tan distinguido atavío.

—Yo te creía ya en el teatro, querida mía— dijo el conde para animar á su esposa.

—Espero á la duquesa—contestó la joven, alzando, en efecto, los ojos, y he querido verte para...

Interrumpióse la condesa al decir estas palabras. Había fijado la vista por casualidad en Fernando de Silva y quedó como fascinada, con la boca entreabierta y las mejillas pálidas.

—¡Fernando... aquí!—murmuró sin separar del joven sus extraviados ojos, y con voz tan ahogada que sólo su esposo, que se hallaba á su lado, pudo percibirla.

Todos los convidados quedaron absortos mirando á la condesa; luego siguieron la dirección de su ansiosa mirada y fueron á fijar las suyas en Fernando de Silva, que permanecía impasible é irónico como siempre.

Descompusieronse de un modo horrible las facciones del conde, y su fisonomía, tan serena de ordinario, se revistió de una expresión feroz; mas por un esfuerzo sobrehumano é incomprendible logró serenarse, acercóse á su esposa y tomó sus manos.

—¡Dios mío, Clotilde!—exclamó con voz dulce;—tranquilízate... En efecto, la semejanza es tristemente peligrosa y no podía yo suponer que entrases aquí.

Luego, volviéndose á los convidados, y sin dejar de sostener á la condesa, que estaba casi inanimada, continuó señalando á Silva:

—Este caballero es la imagen viva de un hermano de mi esposa que se ahogó en un naufragio...

La condesa dejó escapar un grito lastimero y quedó rígida y privada de sentido en los brazos de su marido.

—Ya ha llegado la señora duquesa—dijo un criado apareciendo en el umbral de la sala.

—Dígale usted que la señora va al instante—repuso el conde con voz segura y reposada.

Luego, inclinándose hacia el oído de su esposa con muestras de la solicitud más tierna, le dijo con voz casi imperceptible, pero con acento tan enérgico que vibró hasta lo íntimo del corazón de la condesa.

—¡Tenga usted valor!... ¡Finja como yo, ó té-malo usted todo de mí!

La desdichada abrió los ojos y clavó en su marido una mirada dulce y sumisa.

—La duquesa te espera, mi querida Clotilde—continuó el conde con cariño;—haz un esfuerzo; ve al teatro y esto te distraerá.

Levantóse la joven y movió los labios como si quisiera hablar, mas no produjeron ningún sonido.

—Sé lo que ibas á decirme; que vaya á buscarte al teatro para conducirte á la embajada inglesa, ¿no es así?—dijo el conde con dulzura;— está bien, no faltaré, dentro de una hora.

Nada respondió Clotilde; saludó en silencio á los convidados y salió con su esposo, que la acompañó hasta la puerta.

Luego volvió con sus amigos.

—¿Sabe usted, conde, que, como ha dicho muy bien el coronel, no conocía la mayor de vuestras dichas?—observó el príncipe.—La esposa de usted es un tesoro de belleza y de gracia.

—Y un modelo de virtud y de dulzura—añadió el diplomático;—tiene el alma más encantadora que he visto y el talento más natural y más sencillo por decirlo así. Además, como han oído ustedes antes, ha dado al conde dos hermosos niños gemelos para que nada falte á su felicidad.

—Es muy completa, en efecto—dijo el conde, cuya fisonomía parecía respirar una dicha tranquila.

—Le dejamos á usted, conde—dijo el coronel;—ha ofrecido usted á su esposa que irá al Circo dentro de una hora y ese tiempo lo necesita para vestirse.

—No lo crea usted, querido; la embajadora de Inglaterra, de quien mi mujer es íntima amiga, recibe de confianza.

—A pesar de todo no puede usted perder un minuto—repuso el príncipe—y yo soy el que primero va á dejar á usted.

Al decir estas palabras, estrechó la mano del

conde y salió después de saludar á los demás concurrentes y de reiterar al pintor la promesa de ir á visitar su taller dentro de dos días.

Todos los demás se despidieron en seguida del conde y salieron en pos de Cellemare.

No obstante, Fernando y el marqués de la Oliva quedaron los últimos, aunque por bien diferentes razones.

El marqués miró á Silva como diciéndole que le esperaba; mas éste le contestó con otra mirada llena de altivez.

—Sin embargo, el marqués permaneció inmóvil.

Entonces Fernando se aproximó al conde y le alargó la mano, que éste oprimió con violencia, clavando al mismo tiempo en el semblante de Silva una mirada llena de odio.

—Le comprendo á usted—dijo en voz baja para evitar ser oído del marqués:—mañana á las ocho de la noche espéreme usted aquí.

En aquel momento el marqués, que aparentaba mirar las pipas que guarnecían los lienzos de pared cercanos á la ventana, se volvió, clavando en el conde y en Silva una mirada escrutadora; pero ya no pudo descubrir la expresión iracunda del esposo de Clotilde ni la amarga sumisión del abogado, pues ambos habían revestido de nuevo sus semblantes de aquella apacible indiferencia que es la máscara de la sociedad.

—Cuando usted guste, querido Carlos—dijo Fernando dirigiéndose al marqués.

—Agradezco á usted en el alma, amigo mío, el que me haya proporcionado la ocasión de ofrecer mi afecto al señor Silva—dijo á su vez el conde, hablando con el marqués;—nunca se me ha hecho una presentación que me haya sido más agradable.

—Yo le agradezco también tan lisonjeras frases por Silva y por mí—contestó el marqués con aquella sonrisa tan dulce y seductora en la apariencia, pero que en realidad estaba preñada de maldades.

Ambos amigos volvieron á estrechar las manos del conde, que les acompañó hasta la puerta con la sonrisa en los labios.

Mas así que hubieron desaparecido, se apoyó en un sillón, cubrió su rostro con ambas manos y prorrumpió en roncós sollozos.

El hombre de mundo había triunfado de su dolor en medio de la sociedad.

El esposo, el padre, cedía ahora á aquel dolor inmenso, asolador, que producen sólo las heridas de la honra, y que es el verdugo de todas las ilusiones y de toda la felicidad de la vida.

Durante algunos minutos el conde permaneció en aquella postura que indicaba sobradamente la desesperación de su alma; luego, sin descubrirse el rostro, como si le abrumase su

propia vergüenza, se dejó caer en uno de los asientos que sus convidados habían ocupado en derredor de la mesa de fumar.

—¡Yo soy—murmuró entre ahogados gemidos—yo soy el hombre que ayer se juzgaba el más feliz del mundo! ¡Yo tenía una fe ciega, una fe ardiente en la virtud y en el amor de la compañera de mi vida! ¡Yo era envidiado de todos, y á todos podía decir con el orgullo en la frente y la sonrisa en los labios: ved ahí en ese ángel de hermosura á la santa madre de mis hijos!... ¡Y hoy... hoy... toda mi ventura se la ha tragado el infierno y sólo veo en derredor mío tinieblas y muerte!...

El conde, como horrorizado de sus propias palabras, separó las manos del rostro, miró en torno suyo con desencajados ojos; nadie hubiera conocido en aquel hombre, sombrío y desfigurado por la más honda desesperación, al conde D... dos horas antes tan alegre, tan hermoso y tan feliz...

—¿Desde cuándo se me está engañando?—se preguntó á sí mismo levantándose y cruzando á largos pasos la estancia.—¿Desde cuándo se conocen? ¿Desde cuándo se aman? ¿Cómo la he visto tranquila y feliz en los dos años que vive á mi lado, albergando la voraz pasión que ese hombre parece inspirarla? Porque no hay duda, no, su nombre se escapó de los labios de Clotil-

de con un acento de amor; yo la vi perder el color, temblar y mirarle como fascinada... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazón, y vi que se le quería salir del pecho... ¡Oh! ¡Cuánto debe amarle... cuánto!... ¡Desgraciado... desgraciado de mí! ¡Desgraciados de vosotros, hijos míos! ¡Pobres hijos míos!...

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos; poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, arregló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista y salió, cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer, en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bujías, pues la condesa ya no podía tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate—dijo el conde, dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educación, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

V

La ópera.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mío, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperación más amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Ríoclaro era una de las mujeres más á la moda de Madrid, una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta años, aunque sus enemigos, que no eran pocos, sostenían que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Ríoclaro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero poseía ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por más que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres, sólo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mío, cuánta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere